



Postindustrialismo, trabajo y jornadas laborales

José Félix Tezanos
Catedrático Emérito de Sociología.

La noción de “trabajo” que persiste en las sociedades avanzadas de nuestro tiempo está íntimamente conectada al universo de concepciones y enfoques vinculados a la revolución industrial y a las primeras fases de evolución de los nuevos tipos de sociedades que esa revolución trajo consigo, en claro contraste con todo lo que había sido el mundo agrario en términos culturales, sociológicos y conceptuales.

Es posible —y plausible— que en las sociedades tecnológicas digitales del futuro ese concepto del trabajo se modifique tan sustancialmente que casi llegue a desaparecer o a ser reemplazado por otras ideas sobre la labor, la acción o las tareas propias del despliegue de energía productiva y “creadora” de los seres humanos. De ahí lo impropio y desfasado de algunos argumentos y enfoques que suelen utilizarse en determinados posicionamientos sobre la reducción de las jornadas laborales.

Prácticamente desde la década de los años sesenta del siglo XX no han sido pocos los

sociólogos, economistas y politólogos e historiadores que han venido anticipando algunas de las grandes líneas estructurantes de ese nuevo tipo de sociedad a la que inicialmente se calificaba sencilla y un tanto simplemente como —“post-industrial”. Y ulteriormente de maneras más variadas y abiertas como “sociedad tecnológica avanzada”, “sociedad red”, “sociedad digital”, “sociedad informacional”, “sociedad del riesgo”, “sociedad abierta”, “sociedad robotizada”, etc.

Este esfuerzo de nueva conceptualización ha venido acompañado desde hace bastantes

décadas de esfuerzos paralelos para conceptualizar y anticipar los rasgos y características de los nuevos tipos de sociedades que sustituirán a las industriales. Tarea a la que han dedicado historiadores como Arnold Toynbee, sociólogos como Alain Touraine, Ulrich Beck, Anthony Giddens, Manuel Castells, y pensadores como Hanna Arendt, Adam Schaff, André Gorz, etc.

La anticipación histórica de John Keynes

El primero que anticipó destellos analíticos geniales sobre la sociedad que emergería en el siglo XXI fue John Keynes, una de las grandes figuras de nuestra era, que no sólo aportó análisis y soluciones pertinentes de progreso económico y social, aunque no era un hombre de izquierdas, sino un conservador británico, con todo lo que eso implica. Keynes tenía una gran inteligencia práctica que aplicó al análisis de la organización social

El debate sobre la reducción de las jornadas laborales en las sociedades actuales no puede divorciarse ni del estado actual de las motivaciones hacia el trabajo ni de las necesidades efectivas de fuerza de trabajo humano en sistemas productivos que cada vez van a estar más robotizados.

y económica, inspirando lo que conocemos como las políticas keynesianas que se implantaron, con bastante éxito, después de la Segunda Guerra Mundial, conduciendo al Estado de Bienestar.

En el contexto previo a la Segunda Guerra Mundial, Keynes impartió en distintos lugares conferencias tan ilustrativas como singulares. La primera la impartió en Cambridge en el año 1930, y luego en distintas Universidades e Instituciones. En España en la Residencia de Estudiantes, entidad entroncada con la Institución Libre de Enseñanza. La conferencia tenía un título curioso, "Las posibilidades económicas de nuestros nietos", que es tanto como decir "el mundo que les espera a nuestros nietos". Lo cual era algo un tanto peculiar en Keynes que era una persona no poco dada a hacer futurismo

y predicciones. En ese ensayo Keynes se preguntaba cómo van a vivir nuestros nietos dentro de 100 años. Es decir, en el año 2030, en nuestra época.

Keynes se mostraba enormemente optimista, pensando que, dentro de 100 años, "habremos sido capaces de evitar la guerra –decía– y habremos controlado los equilibrios poblacionales, habrá una situación de abundancia económica, en la medida que el interés compuesto y la inteligencia de todos habrá hecho que todos seamos ricos. Habrá mucho dinero" –anticipaba–. Obviamente, Keynes no concebía que hubiera mucho dinero y que no se distribuyera razonablemente.

Si Keynes era optimista sobre las posibilidades económicas que podrían esperar a "los nietos" –las nuevas generaciones de ahora– era porque pensaba que

las mejoras técnicas que se acercaban y una razonable acumulación de capital podía conducir a un impresionante proceso de desarrollo económico, en cuyas previsiones concretas (entre cuatro y ocho veces más), se quedó corto (solo en el siglo XX se calcula que el tamaño de la economía mundial se multiplicó por 17). Tales perspectivas le permitían augurar que las próximas generaciones podrían vivir en un mundo en el que el problema económico básico –la escasez– quedaría superado –decía–, pronosticando que cada vez habría más "clases y grupos mayores de personas" para los que "los problemas de la necesidad económica prácticamente habrán sido eliminados"².

Trabajos y empleos de las nuevas generaciones

A partir de esa convicción, Keynes introducía una reflexión importante para entender lo que está pasando en las sociedades actuales. Desde la perspectiva de su época advertía que "el incremento de la eficiencia técnica" estaba teniendo lugar "con mayor velocidad que la que desarrollamos para tratar nuestros problemas de absorción de trabajo"³. Lo que, en su opinión, conduciría a un problema del que "aún no han oído hablar algunos de los que me lean (o escuchen)" –señalaba– "pero del que oirán mucho en los años venideros, es decir, el paro tecnológico. Esto significa –añadía– desempleo debido a nuestro descubrimiento de los medios para economizar el uso del factor trabajo sobrepasando el ritmo con el que podemos encontrar



nuevos empleos para el trabajo disponible"⁴.

La conjunción de estos dos factores –crecimiento económico y desarrollo tecnológico– llevaron a Keynes a formular una previsión sobre el futuro bastante lógica; se "produciría –sostenía– un reajuste sustantivo de los tiempos de trabajo" hasta llegar a "turnos de tres horas diarias o semanas de quince horas"⁵.

Sin embargo, la evolución de los hechos ha seguido un camino diferente al que anticipó la lógica analítica de Keynes. El resultado está siendo un paro y un subempleo abultado, una precarización laboral y un aumento de las desigualdades y las carencias sociales, mientras que la riqueza y el poder se concentran cada vez en mayores magnitudes en cada vez menos manos, en las de las nueva "tecnocasta".

La frustración de la imaginación sociológica

Paradójicamente, los jóvenes de hoy –los nietos de Keynes– son los que en mayor grado están padeciendo las contradicciones e incongruencias de un mundo en el que las enormes riquezas disponibles no se están distribuyendo ni equitativa ni funcionalmente, y en el que las oportunidades laborales –y vitales– de las nuevas generaciones se están viendo cercenadas por la forma en la que se está "gestionando" (con racanería neoliberal) la actividad

económica. De esta manera, una buena parte de los jóvenes de las sociedades desarrolladas del siglo XXI se encuentran abocados al paro, a la precarización laboral, a los subempleos y la becarización laboral, empezándose a notar los efectos desvertebradores de una espiral precarizadora, que por su lógica acumulativa tiende a deteriorar las condiciones laborales y la calidad de vida de amplios sectores sociales.

En su momento, el propio Keynes ya advirtió sobre los riesgos de seguir un camino equivocado, enumerando cuatro condiciones para "sacar el fruto posible a las posibilidades de crecimiento económico". Para alcanzar el "destino de bienaventuranza económica" –decía– se requería, en primer lugar, "controlar el crecimiento de la población" (lo que no se está haciendo, como muestra el hecho de que desde que se escribió este opúsculo la población mundial se ha multiplicado por cuatro); en segundo lugar, "evitar las guerras y las desavenencias civiles" (condición también incumplida); en tercer lugar, debía confiarse a la ciencia –decía Keynes– la dirección de aquellas materias que le son propias" (lo que está en contradicción con su mercantilización y con los riesgos de militarización); y, en cuarto lugar, debía producirse una previsión y un ajuste inteligente entre la evolución de la producción y

el consumo, lo que está siendo contrastado por tendencias a una acumulación desmedida, por prácticas de consumo ostentosas –e insostenibles ecológicamente– y por un tipo de "capitalismo de casino" basado en alto grado en especulaciones financieras y en actividades opacas que generan turbulencias.

Todo lo cual está dando lugar a unos sistemas de estratificación y desigualdad social en los que la variable de edad está operando como factor estructurante, a partir del simple hecho de que algunas personas y generaciones han llegado tarde.

Generalmente, Keynes añadía en sus conferencias que él estimaba que esas quince horas de trabajo a la semana serían suficientes para satisfacer al homo faber que todos llevamos dentro, es decir, la propensión natural a "producir" y a "hacer alguna cosa". Y, en paralelo a tal anticipación lógica, Keynes planteaba dilemas muy críticos sobre lo que pudiera ocurrir en una sociedad futura en la que habría máquinas que podrían tener capacidad de control sobre los seres humanos. Y todo eso lo explicaba en la década de los años treinta del siglo pasado. Lo cual demuestra que Keynes –que no tenía la posibilidad de viajar por un túnel a través del tiempo– tenía una perspectiva analítica muy precisa sobre el futuro de la economía y de nuestras sociedades. **TEMAS**

1 Keynes, John M. (2009). *Las posibilidades económicas de nuestros nietos*, en Ensayos de Persuasión. Madrid: Editorial Síntesis (versión original de 1930).

2 Ibid. pp. 333.

3 Ibid. pp. 323.

4 Ibid. pp. 327.

5 Ibid. pp. 330.